

La necesidad de transgredir

Ana María del Río, "Óxido de Carmen", Santiago, Editorial Andrés Bello, 1986. 63 páginas.

No hay en castellano una denominación propia para designar el género narrativo de una obra cuya extensión vaya de las 20 a las 150 páginas como existe, por ejemplo, en francés, *nouvelle*.

Algunos han intentado llamarlo novelita o noveleta, pero estos nombres conllevan un tono peyorativo más que una definición. Tampoco relato sirve, porque tanto el cuento como la novela lo son. Nos quedamos, pues, con un préstamo, novela corta, o bien con el término francés.

Sin negar que la extensión es un factor importante, se puede decir que la novela corta es un relato que muestra el proceso de una transformación de manera parcial —la evolución total es propia de la novela— que el autor va entregando mediante una tensión paulatina.

El efecto de la *nouvelle*, según Mario Benedetti, "es una excitación progresiva de la curiosidad o de la sensibilidad del lector, quien, desde su sitial de preferencia, llega a convertirse en el testigo más interesado".

Consideraciones teóricas aparte, la novela corta es un género con fortuna en América Latina, aunque no excesivamente prolifero. Algunos títulos bastan para demostrarlo: *Los adioses*, de Juan Carlos Onetti; *Concierto barroco*, de Alejo Carpentier; *Las hortensias*, de Felisberto Hernández; *La oportunidad de Augusto Matraga*, de Joao Guimarães

Rosa; *El perseguidor*, de Julio Cortázar; *El coronel no tiene quien le escriba*, de García Márquez; *Aura*, de Carlos Fuentes; *Los cachorros*, de Vargas Llosa. Y hay más, por cierto.

Los escritores chilenos también se han sentido atraídos por este tipo de relato. *Lanchas en la bahía*, de Manuel Rojas, es un bien punto de partida en nuestra narrativa contemporánea. A ella se pueden sumar *La amortajada*, de María Luisa Bombal; *De repente*, de Diego Muñoz; las contenidas en *Tres novelitas burguesas* y *Cuatro para Delfina*, de José Donoso; *El picadero*, de Adolfo Couve; *No pasó nada*, de Antonio Skármeta; *El verano del murciélago*, de Poli Délano. No hay que olvidar, entre estos ejemplos, a la única narración escrita por Pablo Neruda, *El habitante y su esperanza*, que puede ser considerada como una novela corta, al igual que varios relatos de Vicente Huidobro.

Ninguno de estos escritores se sentiría incómodo al lado de Ana María del Río si hubiesen tenido la oportunidad —algunos todavía la tienen— de leer *Óxido de Carmen*, relato que obtuvo el Premio María Luisa Bombal para novela corta el año pasado.

Un espacio autoritario

Dividida en dieciséis capítulos y lo que podría ser un epílogo, *Óxido de Carmen* muestra un mundo cerrado, violentamente autoritario y jerarquizado. Es el mundo de una familia tradicional, deca-

dente tanto en lo social como en lo económico.

Desde un presente que sólo aparece por momentos, el narrador actualiza un pasado que tiene como centro a su media hermana, Carmen, y a los miembros de su familia. De ahí la forma autobiográfica que asume el relato.

Prácticamente todos los acontecimientos transcurren en el case-rón —aledaño a la plaza Brasil— de la abuela, figura mayestática de la cual depende el destino familiar. La casa como espacio privilegiado reafirma lo limitado del mundo. Por lo tanto, la imposibilidad de romper con las normas impuestas.

El innominado narrador evoca su pubertad a partir del momento en que es dejado en casa de su abuela al separarse sus padres. Allí conoce a Carmen, hija de su fantasmal padre, un militar, y de su primera esposa. "La amé en picada, sin detenerme, porque detenerse en ese tiempo era de cobardes", dice. La ama, "sin pararme a pensar en el horrible pecado que eso significaba". Carmen no será indiferente.

La incestuosa relación es el centro del relato. La transgresión se constituye así en un elemento esencial. Las consecuencias —condena, castigo, muerte— quedan en mano de la propia familia, especialmente de Tía Malva, mujer abandonada por su marido, amargada de por vida.

En este rígido mundo, los transgresores deben ser castigados. Lo fue la madre de Carmen, "emparedada" en una pieza que da a un perdido patio; el tío Ascanio, dé-

EDITORIAL ANDRÉS BELLO
Premio María Luisa Bombal 1986
ILUSTRE MUNICIPALIDAD DE VIÑA DEL MAR

ANA MARÍA DEL RÍO 1988

OXIDO
DE CARMEN



bil mental, "un ser casi transparente", habitante perpetuo del último piso de la casa; la misma Carmen, encerrada porque tiene "el demonio en el cuerpo", y es necesario exorcizarla.

Todos deben expiar sus culpas, también el narrador. Su vida es una condena, llevará por siempre el "óxido" de su media hermana. Vive sólo para recordar a Carmen, imposibilitado de entablar

cualquier otra relación.

La perfección de esta novela corta es notable. Ana María del Río construye su relato mediante un lenguaje que connota mucho más de lo que aparentemente dice. Porque el orden, éste, es una mera apariencia; porque transgredirlo es una necesidad vital. Sólo así se podrá romper el círculo, y tener la posibilidad de la plenitud.

MARIANO AGUIRRE